



SEIS RELATOS TOTALMENTE
INCONEXOS,
PERO QUE TE GUSTARÁN

Alejandro Lázaro Béjar

SEIS RELATOS TOTALMENTE
INCONEXOS,
PERO QUE TE GUSTARÁN



Primera edición: septiembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Lázaro Béjar

ISBN: 979-13-88411-38-0

ISBN digital: 979-13-88411-39-7

Depósito legal: M-22946-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

NOTA SOBRE EL CONTENIDO DE LA OBRA:

Todo cuanto sigue, quiero advertir, es pura invención, pura fantasía, y no constituye, por tanto, afirmación de clase alguna sobre determinada persona o grupo de personas o aspecto de estas por parte del autor, ni siquiera a nivel de su pensamiento respecto a ellas. Vaya mi ofrecimiento de disculpas anticipadas si se diera el caso, mi reconocimiento y mi respeto hacia cualquiera y sus circunstancias. Nunca he pretendido, ni pretendo, molestar a nadie; no fuera a ser que, sin querer, lo hubiera hecho.

Vivimos en una sociedad, la actual, tan complicada, que ya no sabes qué callo vas a pisar ni en qué jardín vas a meterte sin darte cuenta.

ÍNDICE

NOTA SOBRE EL CONTENIDO DE LA OBRA	9
1 EL ASCENSOR QUE ME LLEVA AL INFIERNO	13
2 SE RIFA UNA PALETILLA IBÉRICA	47
3 PENTECOSTÉS CALAMBRES Y SU ESTRAFALARIA MOCHILA	83
4 EL VIRUS QUE NO PUDO CON EL RECUERDO DE MI ABUELO	133
5 LA GUERRA TRANSCURRIÓ ENTRE ELLAS DOS	211
6 TOLEDO NI SE ACORDABA DE MÍ	275

1º

EL ASCENSOR QUE ME LLEVA AL INFIERNO

1.ª Parte

18 de mayo de 2008, creo.

Voy a narrarles hasta donde me sea posible —escrita de mi propia mano, pues de otro modo, obviamente, no puedo por ahora— la inaudita, incomprensible y sobrecogedora experiencia que vivo. Utilizo para escribir, pues de otra cosa no dispongo, el bolígrafo que llevo siempre encima y el reverso del guion teatral de la última obra que he conseguido, el cual dudo que llegue a interpretar, les soy sincero. Se trata de una versión adaptada de *El Caballero de Olmedo*, una incluso mejor que la original, me ha asegurado el Mormón. ¡Lo dudo!

En realidad, les advierto, pudiera ser que no estuviera escribiendo nada, ¡no lo sé!, y que todo formara parte de una pesadilla perfectamente trabada. Al final se verá, si es que quedan estos folios, o no, como muestra. Sí afirmo, mientras la cuestión se dilucida, que me abruma la incertidumbre sobre cualquier extremo que puedan imaginarse y me atenaza el miedo, un miedo difuso, imposible de controlar. A lo peor, sin darme cuenta, estoy recorriendo el merecido camino al Infierno que me tenía preparado Dios. ¡Quién sabe!

Supongo que esta es otra cuestión sin respuesta por el momento. Lo que me sucede, por increíble que pueda parecer, es algo así:

(Antes una aclaración: llevo dos episodios vividos ya —los llamaré de esta forma— abordó del ascensor, y barrunto que me esperan otros más sorprendentes. Es en este punto donde tomo papel y bolígrafo).

Me presentaré. Soy Norberto Guliani Doncel, actor, aunque esto ya lo conocen. Mi padre era italiano y bastante casquivano por lo que sé. Lo único que debo agradecerle es el apellido, el cual al principio de mi carrera me abrió algunas puertas por su sonoridad extranjera, casi operística, dijéramos. Mi madre, mujer de carácter, aunque algo inocente en el fondo, viendo yo mis primeros rayos de luz, debió de coger al espagueti por sus santas partes y obligarle a que cumpliera al menos en lo de darme el apellido, pero en cuanto se las soltó, el espíritu frívolo del italiano agarró la primera puerta que se le puso delante y escapó. No le guardo rencor, al menos no como se lo guardó mi madre, la cual dejó de ser la misma y quedó sumida en una tristeza que le duró hasta su prematura muerte, según aseguraban sus hermanos. Al sinvergüenza de mi padre jamás lo he visto en persona y desconozco si vive aún, cosa improbable; tampoco me ha preocupado nunca saber de él, pero esto importa poco ahora. Sí importa, y mucho, saber cómo he llegado hasta aquí, hasta este sofisticado y endemoniado ascensor.

Fue Crispulo Cifuentes, como otras veces, quien me dio el chivatazo. Me lo tiene en pago de las francas hembras que le *traslado* y que de otro modo, siendo tan gris, nunca se llevaría a la boca: «Ve a ver al Mormón. Se proponen hacer una obra de puta madre dentro de cuatro meses. Fermín Bonagua anda al olfato, así que apura», me dijo el muy canalla al tiempo que me mostraba tres dedos de su mano —tres cesiones me costaba el soplo al parecer—. En ese momento disponía de una nada más en mente, pero buscaría las que hicieran falta: *enamorar* mujeres nunca ha sido problema para

mí. Aún a falta de dos *candidatas* que entendí me exigía en pago, y puesto que gozo de crédito con él, me vine a ver al falso cura, a don María Miguel Salado, el Mormón, todopoderoso presidente de la Sociedad de Intérpretes, manipulador y aprovechado donde los haya, actor sin mucho brillo en su escasa juventud. «Es bueno ciertamente el proyecto, Guliani —así soy conocido en el ambiente teatral y no por mi nombre—. Incluye televisión al final y gira por Estados Unidos», me dijo a solas, en su despacho. «Ya...», repuse por decir algo y para animarle a hablar de cifras sin más dilaciones, que era lo que interesaba en esos momentos. Pero el Mormón se quedó mirándome con una sonrisa burlona y permaneció en silencio. Esto me confirmó que la obra era de las de auténtico relumbrón; para un papel cualquiera me habría despachado, sin más largas, con una simple cifra: «El 30, como siempre», y nos habríamos entendido sin más concreciones. Así que entendí lo que insinuaban sus ojos y le pregunté: «¿Cuánto por fin?». El Mormón se dejó caer en el respaldo del sillón y, elevando la cabeza, respiró hondo. «¡A pachas, Guliani!», me soltó por un lateral de la boca, quedo, como para que no le oyeran las paredes. Me hice el sorprendido y luego el agraviado-preocupado, pero él se dio cuenta de que fingía y heló la sonrisa. «Vale», le dije, y firmamos el precontrato que ya me tenía preparado, sabiendo que aceptaría, el falso místico. Salí del despacho, en verdad, sin saber lo que había firmado, sin saber cuánto cobraría, sin una copia de ese papel, pero con algo bueno entre las manos, estaba convencido. Purita, la secretaria del Mormón, notó el contento que sacaba y me sonrió de forma insinuante, como diciéndome que la tenía muy olvidada. Me conocía bien, como yo a ella; como la conocía Crispulo Cifuentes o el mismo Mormón, ¡después de mí, claro está! ¿Quién creen que la colocó en ese puesto si no? De actriz, que era su pretensión, no hubiera pasado de chacha que sirve la sopa a los protagonistas en la obra y que se entiende a escondidas con el dueño de la casa, ni aún con ese portentoso trasero que posee y que gana propiedades de estar tantas horas su dueña sentada. Se me escapan las frivolidades como si

estuviera en otras circunstancias menos dramáticas, pero es que sin pretenderlo me traiciona mi sentido, por lo común, indolente.

Podría prescindir de todo lo anterior, de detalles sobre mi persona, me refiero, pero pretendo que se hagan una idea cabal de a quién leen, de mi catadura moral, antes de seguir adelante, y no con otra intención de que valoren si merezco, o no, cuanto me ocurre. No es momento de engaños ni dobleces; es hora de sinceridades, de reconocimientos. Soy un tramposo y alguien carente de corazón; todo lo sacrifico a mis fines, que son el éxito, el dinero, el placer y la mentira, sin reparar en las consecuencias. En eso gano con creces al genial actor que es Fermín Bonagua; en categoría personal y profesional este me arroya sin duda, aunque esto, para su desgracia, no cuente tanto en este mundo hipócrita y proclive a los ventajistas como yo. Consciente de que quizás me enfrente en estos momentos a lo único que no admite componendas, excusas de mal pagador o mentiras, esto es, el juicio de Dios, no hallarán en las palabras que les traslado falsedad alguna si no es por desmemoria o falta de perspectiva. Pero basta de redundancias sobre mí. La cuestión es que, cumplido mi objetivo de conseguir la obra —bastante oneroso para mi dignidad, todo hay que decirlo, pero, ¿qué importa?—, me dirigí hacia los ascensores con el fin de abandonar la Sociedad de Intérpretes. Estando en ese momento los dos existentes con los visores iluminados, y a mi disposición por tanto, tomé el de la izquierda, el de mi mano, pues soy zurdo —me pregunto qué habría pasado de tomar el otro, el derecho, o si otra persona hubiera subido conmigo—. Hasta ahí todo normal: una carpeta conteniendo el guion bajo el brazo, bien erguido, sonriendo como correspondía al éxito que acababa de conseguir y con el pensamiento viajando ya al otro lado del Atlántico. ¿Qué más podía pedir? ¿Quizás ser presidente de la Sociedad de Intérpretes?... ¡Tiempo al tiempo!

Dentro, pulsé el botón de la planta baja con absoluta normalidad, se lo puedo asegurar, y partí del octavo piso. No podría decir, en cambio, si el ascensor hizo algún extraño al cerrar sus puertas

o al ponerse en movimiento; tal vez hiciera un ligero bamboleo en lo último si bien lo pienso, pero este no consiguió sacarme de mi abstracción —acciones como la descrita tienen lugar a nuestro alrededor cien veces al día y no les prestamos atención, pues esperamos, por experiencia, que todo siga el curso previsto—. Qué bonito se presentaba aquello: buena promoción, mi fotografía en revistas, hablarían de mí en la parte cultural de los telediarios, entrevistas, invitaciones a fiestas de postín, felicitaciones, viajes, nuevas mujeres, un coche flamante, políticos arrojándose a mí, contactos, una calle con mi nombre al cabo del tiempo... Cuando te felicitas de algo o te embarga la ilusión es fácil exagerar los sueños e ignorar que todo en la vida tiene un lado malo —hasta la mayor dicha imaginable alberga en su propio final la parte negativa—, que todo en realidad es efímero y superficial. No fui hecho para apreciar las cosas insignificantes, esas que valen de verdad ni para amar con sinceridad, por desgracia; aunque esto, me temo, seguiría careciendo de importancia si no fuera porque me hallo inmerso en la presente tesitura. Metido que estoy, sin embargo, cobra una importancia trascendental. Siempre me desentendí de Dios, lo menosprecié incluso, y ahora descubro que no paro de pensar, lo quiera o no, en Él. ¡Cuán pronto cambian las circunstancias de una vida y qué inesperadamente! ¡Cuán valiente se es con treinta años, un cuerpo sano y presumiendo de saber que en el mundo, a excepción de cuatro espabilados como tú, solo habitan mediocres estúpidos, lelos sensibles y crédulos bienintencionados!

Absorbido por tal estado placentero, que me hacía sonreír por dentro y por fuera, entretenido en alimentar mi orgullo, desconozco el tiempo que transcurrió hasta que noté que algo extraño sucedía. Fue este mismo silencio apabullante que escucho ahora lo que hizo que volviera en mí. Noté entonces que el ascensor descendía con una suavidad pasmosa, fuera de lo común; apenas un leve roce casi imperceptible, como si bajara metido en aceite. Ya debía estar abajo, pensé; había pasado tiempo de sobra. Aguardé un poco más antes de decidir que, efectivamente, algo raro sucedía. ¡Nada!

Transcurrió al menos un minuto y la maldita caja, conmigo dentro, no se detenía. Recuerdo que en ese momento, medio en broma, se me vino una frase a la boca que confío no resulte premonitoria: «¡Joder, ni que estuviera descendiendo al mismo Infierno!».

(Siendo «persona de letras», como se decía antes, me atrevo a hacer una aclaración de estilo en lo que escribo: si utilizo directamente el modo pretérito simple de los verbos y no, como parecería más lógico, los compuestos, es debido a que no sé en qué medida ha pasado el tiempo desde que accedí al ascensor hasta cualquier otro momento posterior. De atenerme al contenido de los «episodios», convendrán conmigo, tengo razones sobradas para utilizar los primeros).

De repente me asaltó una idea: ¿y si el ascensor estuviera parado? ¿Y si en realidad no se moviera y la leve sensación de mis piernas y mis oídos fuera engañosa? Me apresuré a apostar la oreja en el reluciente revestimiento de madera de raíz de la pared. No. El maldito chisme se deslizaba como una culebra, hacia abajo, no había duda; hasta podía escuchar los leves clip habituales que produce un ascensor al pasar por una planta sin detenerse. Al ritmo que los escuchaba, debían de ir un buen número de estas, un ciento al menos. Respiré profundamente. Ante todo no debía perder la calma, me dije. Recordé entonces la indicación que suelen mostrar los ascensores —este, de tan presuntuoso como es, se conoce, carece de ella— acerca de que los ocupantes no deben preocuparse por la falta de aire en caso de quedarse atrapados y esa otra referida a que en casos de alarma debe aplastarse el intercomunicador y esperar. Esta última sí la tiene, junto a una minúscula rejilla que debe de servir de micrófono, pero se me antojó prematuro todavía buscar ayuda. Puesto que el ascensor se movía, lo mejor sería esperar a que se detuviese y luego vería. Sobra decir que mis percepciones eran confusas y que mi inquietud y mi temor iban en aumento. Miré mi reloj —curiosamente era la primera vez que lo hacía desde

que todo empezara—. Lo que vi terminó de sobrecogerme: las agujas se habían vuelto locas y giraban a una velocidad endiablada; no como cuando se pone el reloj en hora o se utiliza este de cronómetro, no, avanzaban tan rápido que a duras penas las distinguía. ¿Qué estaba ocurriendo?, me pregunté atónito, todavía con una sonrisa de dudoso dominio sobre mí en la cara. Soñaba, parecía claro, y sin embargo era imposible que fuera un sueño. Recordaba, de forma poco menos que tangible, cada detalle de la entrevista con el Mormón, el gesto sensual de Purita al despedirse de mí, la felicidad que sentí al meterme en el ascensor con el deber cumplido, tenía la carpeta en mis manos, dentro el guion con el título de la obra que acababan de darme; ¡todo resultaba coherente!, ¡todo concordaba!, todo menos el inacabable descenso del ascensor y la inaudita marcha del reloj.

Pronto me di cuenta de que estos dos hechos tenían también su lógica. Me hizo falta para descifrarla que observase, por casualidad, lo que ocurría en mi cuerpo: el vientre, sin que esto provocara ninguna sensación dentro de mí, tan pronto engordaba como enflaquecía, igual que en una película rápida de esas que muestran, por ejemplo, el crecimiento de una planta; la piel de las manos se había debilitado y llenado de manchas, y me habían crecido las uñas y la barba, la cual alcanzaba ya la altura del corazón. Rauda, me palpé el pelo de la cabeza. Comprobé que este no se quedaba atrás respecto a la barba y me llegaba a los hombros. ¿Qué disparate era todo aquello? Según avanzaba en mi búsqueda por encontrar una explicación válida al fenómeno que *presenciaba*, me iba quedando más y más helado, hasta que se cernió sobre mí una terrible conclusión, coherente por demás, estremecedora: ¡el tiempo realmente transcurría a la velocidad que parecía, a una vertiginosa carente de sentido!; de ahí la precipitación del reloj —este, en definitiva, se limitaba a cumplir su cometido—. en cuanto al ascensor, este personificaba, de algún modo que no entiendo aún, ese frenético transcurso. O era esa la plausible explicación de todo o definitivamente soñaba. ¿¡Con qué quedarme!?

(Ni qué decir tiene que todavía mantengo la duda, si bien admito que mi indecisión responde más a un deseo de sobrevivir que a que mi interior, si he de ser sincero, no se haya decantado aún por una de las dos alternativas. Ustedes me entienden, ¿verdad? Mantendré en todo caso la esperanza, que es tanto como negarme a admitir que estoy acabado).

Me puse sin más vacilación a intentar conseguir ayuda del exterior, pero mis intentos resultaron baldíos: el comunicador no funcionaba, el timbre de emergencias tampoco, los golpes que di en las paredes, en las puertas, pareciera que los diera en sordas planchas de plomo, y mi teléfono móvil tenía la batería agotada. ¡Un sueño bastante cruel, por lo visto!, me dije esbozando una amarga sonrisa. Lo único bueno que descubrí en tan desesperados momentos fue que las paredes, de barniz mate, no conseguían reflejarme. De haber podido verme, mi tribulación y mi ansiedad hubieran sido mayores, estoy convencido.

Todavía, al cabo del tiempo, sigo profiriendo algunos gritos desesperados —me recuerdan a los de un condenado que esperase al cortejo que le llevará al patíbulo; suenan compungidos, ahogados por el pánico, débiles— cuando creo oír algún sonido fuera, pero estos solo consiguen dejar una vaga constancia de mi resistencia. No espero que nadie me oiga a estas alturas.

Resignado a mi suerte por fin, y consciente de esta, me dispuse a esperar sentado a que el ascensor se detuviera. ¿Qué otra cosa podía hacer si no? Cuál no sería mi sorpresa cuando, no habiendo terminado de posar mi trasero en el extrañamente frío suelo de la cabina, empecé a notar que esta aminoraba su marcha. El débil silbido que podía escuchar era inconfundible, y mi cuerpo notaba el cambio de presión. ¡Por fin! Instintivamente miré el reloj: las aspas horarias, detenidas, marcaban las once y cuarto y el segundero avanzaba con normalidad. Preferí no sacar ninguna conclusión de aquello. Era mejor pensar en otra cosa.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron de inmediato, con cierta violencia incluso. Una intensa luz, de repente, anegó el interior y me cegó los ojos. Cuando al cabo de unos segundos recobré la vista, descubrí que no me hallaba en el vestíbulo del impersonal edificio de oficinas que esperaba —tampoco en mi habitación, sobre mi cama sudada—; en su lugar hallé lo que parecía un despacho sórdido, azulado, amplio, con un enorme y deslumbrante ventanal en el que se recortaba la *cresta* de una gran ciudad. Sin pensármelo, abandoné el maldito chisme; cualquier cosa sería mejor que no saber adónde me llevaría si permanecía en él. Quizás fuera por la abundancia de la cristalera que me sentí atraído por esta antes que por las personas que allí había, a las que vi de soslayo. Observé la ciudad con los ojos entrecerrados para protegerme. Había nevado, al parecer, y era un día extremadamente diáfano. ¡Qué extraño que nevase en Madrid en mayo!, fue lo primero que pensé; pero, ¿saben?... , aquello no era Madrid, y dudo que fuera mayo. Pásmense: ¡estaba en Nueva York! ¡Nueva York! Reconocí, inconfundibles, el Empire State Building y el edificio Chrysler. No he estado jamás en esa ciudad, pero ¿quién no identificaría esas dos moles apuntando hacia el cielo? Cualquiera las ha visto en decenas de fotografías, en un sinnúmero de películas.

La impresión era demasiado fuerte; sentí un vértigo mezcla de espanto y de vacío absoluto. No sabía a lo que me enfrentaba. Lo mejor sería aclarar cuanto antes aquella incertidumbre que amenazaba con noquearme, me dije. Con esas, me dirigí a las personas que allí había. Un policía menudo, al que le sobraban dos tallas de uniforme y algunos pertrechos del oficio, merodeaba alrededor de una mesa escritorio y le hablaba a dos personas que había sentadas delante de esta, dándome la espalda. El policía parecía no verme; y eso que de vez en cuando, mientras languidecía su *discurso*, miraba el ventanal que estaba detrás de mí.

—¡Disculpe! —llamé su atención. Y el policía hizo menos que si le corriera una leve brisa por la cara. Insistí—: ¡Disculpe! —y el tipo entonces se tocó tras la oreja, pero continuó sin mirarme. ¡Era

imposible que no me viera ni me escuchara!, pensé. ¿Cómo conseguía ignorarme de ese modo?... Me situé enfrente de él a dos metros escasos. Sus ojos entonces me apuntaron, pero pasaron como de largo sobre mí, como si fuera invisible para él. Mi cuerpo se estremeció. Me palpé aquí y allá, me miré el vientre, mis manos, mis brazos... Desesperado, buscando no sé qué, dirigí mi mirada a las dos personas que estaban sentadas. Eran un hombre y una mujer. Desde el ángulo en que me encontraba podía perfectamente verla a ella; de él, a pesar de tenerlo más cerca, solo veía su coronilla.

Ella era rabiosamente atractiva, igual que una actriz sin maquillar recién levantada de la cama; sus rasgos denotaban carácter. Rubia, vestía un traje chaqueta de buen corte y estaba engrilletada. Miraba insolentemente a la nada, a veces al ventanal del que les hablo, como si tramara una venganza. Pude ver que el tipo sin rostro también estaba esposado. Eran dos delincuentes al parecer. Pronto comprobé que la mujer tampoco me veía. Pudiera ser que sus intensas cavilaciones se lo impidieran, pero era improbable. Pensé por un momento que me había metido de rondón en mitad de una representación teatral y que aquellos eran actores que a duras penas disimulaban ante mi intromisión. Pero no escuchaba las carcajadas del público por ningún lado, como era de esperar, o los pitidos. Me volví, no obstante, hacia donde debía de hallarse la penumbrosa platea. En su lugar hallé una vasta pared gris, difuminada, y el ascensor abierto, aguardándome. ¡En un inmenso edificio repleto de oficinistas nadie lo precisaba! ¡El único imbécil había sido yo! Sin más remedio, debía empezar a aceptar que era invisible. Todo formaba parte de la misma loca aventura en que me hallaba, me dije conformándome a medias. Pero aún podía hacer algo más.

—¡Oiga! —balbucí, tocando con mi mano temblorosa el hombro del desconocido. Este no pareció acusar el contacto. Noté que estaba frío y duro como un cadáver. Volví a insistir, esta vez pellizcando su traje en el hombro—: ¡Oiga! Me hace el favor...

No podría expresar el escalofrío que recorrió mi cuerpo. Solo les diré que después de aquello quedeme, sin más remisión, siendo

un ser inmaterial, etéreo o qué sé yo, como si estuviera muerto y en otra dimensión diferente a la de aquellos tres. Mis dedos se cerraron, cogí la tela —¡lo vil, ¡nadie podría decirme que no lo vil! ¡Sentí su tacto como si realmente la tocara!—, pero el tejido no se inmutó y permaneció perfectamente terso, invariable. Recordé con enorme violencia esos episodios que refieren ciertas personas, sin mucho fundamento, imagino, sobre que los muertos permanecen unos minutos junto a los vivos después de morir, al lado de su propio cadáver. No es explicable lo que sentí, la amalgama de sensaciones que se adueñaron de mi cuerpo. Pero necesitaba una prueba más, decidió algo en mi interior por su cuenta, y al instante di un fuerte estirón del cabello del extraño. Vi entonces dos imágenes simultáneas de su cabeza: una que se inclinaba por mi acción y la otra que permanecía donde estaba. El tipo carraspeó tan solo, sin sentir dolor alguno. Debían de aflorarle los nervios por su complicada situación, supongo, algo que nada tenía que ver conmigo.

Irrumpió entonces en la habitación un hombre joven, bien parecido, con el pelo negro engominado. De su cinturón colgaba la placa de policía. Se sentó en el sillón del escritorio, con aires de que aquellos fueran sus dominios. Aspirando con profundidad, miró a los esposados. El policía uniformado se había echado a un lado. Ni que decir tiene que el nuevo personaje tampoco me veía.

—¡Ay, compadre! —se dirigió con sorna dentona al detenido— ¡Cómo se le lio esta «pelona»! Y usted se dejó hacer, ¡conchudo!, por cuatro miserables friegas que le dio, ¿no cree?... —la aludida, indolente, miraba al techo. En esos instantes sentí curiosidad por ver la cara que ponía el sujeto. Buscaba más comprobar su expresión ante tales palabras que conocer el rostro en sí, el cual me daba lo mismo cómo fuese, pues no había de reconocerlo de todos modos. Con esa intención, tomando posesión de mi nueva condición de invisible, rodeé por fin al tipo para verle la jeta. Cosa premeditada sería que el nuevo policía pronunció su nombre en el instante justo en que tuve enfrente al desconocido. No sé decirles, amables lectores, si me hubiera costado reconocerlo sin esa ayuda,

dato el paso del tiempo y la transfiguración sufrida; pienso que no.

—¡La pifió, Guliani! Afamado actor español, ¿o debería decir italiano? Estará unos cuantos años a la sombra con nosotros, me temo. ¡Verá qué bien lo pasaremos! —dijo el socarrón policía al detenido con clara intención de humillarle.

Sí, señores, ¡era yo! Con barba rala, de abandono, los pliegues de la cara bien marcados y el pelo encanecido; tendría diez años más, calculo. ¡Yo sin duda! En esos instantes, a aquella representación mía le costaba tragarse un nudo de la garganta y sudaba como si estuviera enfermo.

¡Qué macabro juego era aquel! Yo estaba donde estaba, dentro de mi cuerpo y no en ese ser desmadejado y prematuramente caduco. Me podía sentir, inconfundible, palpitante, vivo, ¡yo! ¡Era consciente de todo, podía discernir lo que fuera, lo real de lo irreal! ¿Quién era, pues, el impostor? De repente empecé a comprender el juego; la idea se adueñó de mi cabeza como por iluminación; con ella todo parecía adquirir sentido de pronto: era la misma idea que en la obra de Dickens *Cuento de Navidad*. El futuro, el mío — recordé las palabras del Mormón diciéndome que iría a América con la nueva obra, todo concordaba—, se me mostraba de forma casi real con una clara intención: la de que cambiase, la de que fuera mejor persona. A partir de ahí, no me digan cómo, me puse a hablarle al aire, donde suponía que estaban quienes dirigían el juego. «¡Vale: captado el mensaje!; cambiaré, les doy mi palabra, pero ¡déjenme salir ya!», dije a voz en grito. Durante un minuto al menos aguardé infructuosamente a que todo cuanto veía se disipara o a que se abriera una puerta en algún lugar, pero nada de esto ocurrió. Al cabo, miré de nuevo a mi otro yo, al tipo aquel en que me convertiría: una verdadera lástima la transformación que había sufrido.

Lo que hice a continuación es fácil de imaginar: ¡salir a escape de allí! ¡Al diablo la rubia, los policías, Nueva York y el impostor que hacía de mí! Si el destino había decidido jugar conmigo, jugaríamos, y no por mi gusto, pero cuanto antes acabase el juego, mejor. Con tal resolución me subí al infernal ascensor, confiado

en que más tarde o más temprano este me devolvería a Madrid. Recuerdo que mientras saltaba al interior pensé en la mujer rubia del rostro pétreo. Parecía odiarme la muy zafia, después de que, según el engominado policía, había sido la culpable de mi desgracia. ¡Jodida puta! Ríanse si les place, queridos lectores; yo malditas las ganas que tengo de hacerlo.

No necesité apretar botón alguno para que el ascensor se cerrara y se pusiera en movimiento. Actuaba por sí, como si fuera inteligente. Aún pude echar un último vistazo al ventanal y a Nueva York. Volvía a nevar sobre la *imaginaria* ciudad. A continuación, temblando de ansiedad, me dejé caer al suelo. La cabina, en tanto, retomó el camino al abismo. Regresé a oír este deslizamiento sordo y exasperante que oigo ahora. Miré el reloj: sus agujas se habían vuelto locas de nuevo. Me hice entonces la pregunta más previsible que podía hacerme: ¿en qué tiempo *recreado* de mi vida volvería a verlas discurrir con normalidad? Desconocía en ese momento que la respuesta era ¡nunca!, pues de manera inopinada el dichoso reloj se paró al poco. Supuse que la batería se había agotado; es todo lo que les puedo decir por explicación. Se quedó para siempre en unas dos y media cualquiera. Por cierto, he olvidado referirles un terrible detalle —seguro que alguno de ustedes se ha preguntado por él—: el marcador electrónico de plantas del ascensor muestra desde el principio de mi viaje un inquietante y elocuente signo de interrogación. Hace falta tener mala leche, ¿no creen?

Les hablaré ahora del segundo episodio. Tuvo lugar un día de septiembre del año 2015.

El ascensor me transportó al interior de un sencillo y fresco bar de pueblo, en el cual no parecía transcurrir el tiempo. El ambiente tenía tintes de un sainete costumbrista, de esos en los que se tejen enredos y se murmura. Olía a alcoholes viejos y sonaba de fondo el zumbido de una cámara de las de enfriar bebidas. El local permanecía en penumbra, escasamente iluminado por sendos cuchillos de luz que se colaban entre las lamas de las persianas que permanecían echadas. Un ventilador de aspas enorme giraba a lo

alto. Supuse que era verano y, probablemente, por la intensidad del sol que se colaba dentro, la hora de la siesta. Podía escuchar chicharras fuera, estaba seguro. Cosa curiosa es que no vi dónde estaba la entrada al local; era como si el ascensor hubiera venido a ocupar esta. Frente a mí una mesa con varios hombres jugando a cartas y, más allá, una barra de bar de unos tres metros de longitud chapada de piedras rústicas. Tras esta un joven que leía con una pierna en alto, apoyada en algo. Por lo demás, un enorme almanaque que anunciaba piensos, abierto por el mes que antes mencionaba, y una máquina de expender tabaco con un luminoso frontal de un mar rabiosamente azulado. Estaba en España de nuevo, parecía claro. Teniendo este punto a mi favor, abandoné el ascensor con reparos pero con cierto regocijo, como si estuviera pronta la solución a todos los interrogantes que me había planteado. Recordé que seguramente sería invisible; no tardaría en comprobarlo. Me acerqué a los jugadores y, efectivamente, ni estos ni dos más que presenciaban el juego repararon en mí. Terminaron una baza y se pusieron a hablar. Bebían de sendos vasos que tenían a mano y fumaban la mayoría. Escamado por mi experiencia neoyorquina, miré con atención la cara de cada uno por si, en el tiempo que fuese, resultaba ser alguno de ellos. Al aplicado lector de la barra lo descarté desde el principio: era más joven que yo mismo cuando accedí al ascensor. No me reconocí en ninguno, lo que me desconcertó en cierta forma, pues comencé a preguntarme por cuál sería la desagradable sorpresa ahora.

—¡Si levantara la cabeza su madre! ¡Esa pobre! —dijo uno elevando los ojos. Otro carraspeó de forma sospechosa. El que había hablado le miró suspicaz—. ¿Acaso tienes algo contra aquella mujer o qué? —le increpó.

—¡No, no, qué voy a tener! —se avino el de la carraspera.

—La Francisca no era ninguna santa, si a eso te refieres —medió, un tanto arrogante, otro de los jugadores—. ¡Si lo sabré yo!

—¿Qué quieres decir? —interrogó el primero al que así había hablado. Este se creció ante lo que parecía un desafío.